

## POR EL PAÍS DE MONTAIGNE

ADOLFO CASTAÑÓN



I.

Bordeaux, la cuarta ciudad de Francia, y en cierta época de Inglaterra después de Londres, York y Winchester, no es un buen lugar para el visitante deseoso de dar gusto a los ojos; es un clima, una cura de reposo, un estado de ánimo cuyo principal encanto estriba en que no hay nada que ver, dice Cyril Connolly en su ensayo de paseo por la región.

Bordeaux es la capital insípida de una comarca que por el sabor y densidad de sus atractivos se antoja una tierra sólo comparable a la *terrine* y el *foie gras*. Si no hay tanto que ver, como advierte el autor de *La tumba sin sosiego*, da en cambio mucho que beber, comer, respirar y caminar. Quiso el azar que fijáramos nuestra base de operaciones fuera de Bordeaux y lejos del *Marché des Grands Hommes*, de esa Burdeos negra y plata que a Alfonso Reyes le pareció un barco monumental que deja ondear al aire las banderas de sus edificios, fuera de Burdeos donde "en la fresca ráfaga del viento, la calle misma es un ancho puente de navío; los pregones de los vendedores, charla marinera; la bocina del auto, un toque de maniobra". Lejos entonces de la ciudad donde vivieron Goya y el abate Marchena, Azorín y Fray Servando, Dordoña adentro, más cerca de Labrède y del Castillo de los Montesquieu, que sobrevivió con todo y biblioteca a las tempestades revolucionarias en virtud del escrupuloso respeto del Barón a los derechos de la gente menuda avecinada en torno a su noble casa. En Saint-Seurin-sur-Isle, a unos cuantos kilómetros de Libourne, no hay más que una capilla del siglo XIV y un centro hipico donde se reúnen caballos campeones y jinetes triunfadores en concursos locales, europeos y desde luego olímpicos. Parece que los ingleses que tantos recuerdos dejaron en estas tierras verdes —incluido un cierto talante flemático y snob—, también legaron la memoria de la equitación y no son pocas las ciudades y pueblos que mantienen en la región con fondos públicos locales clubs ecuestres donde niños y caballos de raza se preparan en las disciplinas del paso y del trote, del galope y del salto bajo la mirada de un monitor que les enseña a gobernar la pantorrilla como los pianistas a las manos aprendices. Muy cerca de Saint-Seurin se levanta —;reverencia!— Saint-Emilion, un fulgurante

pueblo instalado en el costado sur de una colina sembrada de iglesias y criptas —las más valiosas y antiguas de la región, como recuerda Connolly. "Más vale un gran crudo del mal año que un pequeño de bueno" —dice el catador— mientras vierte un poco de Saint-Emilion en la copa como si fuese una especia o un perfume guardado celosamente en una de las criptas. Se dice que la pequeña ciudad románica fue fundada por el monje eponimo quien, al volver de Santiago de Compostela, decidió detener su regreso mucho antes de alcanzar el punto original de partida. Se quedó en el viaje, como dice una voz mexicana, resuelto a no volver a decir misa con un vino que no fuese de esta región cuyos caldos ya celebraba el romano Ausonio. Tal razón no ha dejado de proyectar sobre los católicos de la comarca una tolerante sombra herética. Saint-Emilion no es muy grande ni tiene muchos castillos propiamente dichos, pero la variedad de tintos que la región produce es tan amplia —más de una cuarentena— y de tanta calidad que todos —por humilde que sea la morada del productor— ostentan como algo natural el apelativo *château*. No hay que ir a buscar la justificación de esta etiqueta en torres, murallas o almenas, sino en cuevas, sótanos, bodegas y criptas pero sobre todo en los torcidos y torturados nudos de la centenaria viña y en el rumor popular que guía en voz baja al aficionado aclarándole qué agricultor recogió la viña con máquinas en esta recolectada y quién todavía consiguió una tribu de recolectores para su vendimia.

### POR LA TORRE DE MONTAIGNE

Los vinos de Saint-Emilion se distinguen en el paladar por dos rasgos: por su cuerpo a la vez fino y denso y por el equilibrio —iba a decir ecuanimidad— de sus virtudes. Esta misma composición parece ser uno de los secretos del más moderno de los escritores antiguos —Michel de Montaigne—, al decir del más antiguo de los escritores modernos —Cyril Connolly—; de Michel de Montaigne cuya Torre y territorios se encuentran no muy lejos de aquí, entre Castillon y Vélignes, en la comarca de Bergerac, en una colina rodeada de verde y más verde, y donde se respira un aire que funde las saladas reminiscencias del Burdeos Atlántico con los sa-

bores cuatro veces dulces del país Gascón, la Dordoña y el Périgord. Montaigne, el filósofo de la sobriedad, el hombre que hizo de sí mismo y de su obra un antídoto o contraveneno para cualquier clase de borrachera —religiosa, política, literaria, erótica, intelectual, privada o pública— sin ceder un ápice ni al fastidio ni al tedio, Montaigne, no podía haber nacido en otro sitio. La Torre, intacta desde entonces, y el castillo reconstruido en el siglo XVIII pues un incendio lo arrasó, se encuentran en un lugar privilegiado por la luz. Desde las terrazas y jardines del castillo de los señores que toman su nombre (Montaigne) del lugar, pero que se apellidan como el mejor vino blanco de Sauternes (D'Yquem), se domina una amplia extensión de prados verdes que en la distancia se confunden con el azul del cielo. La Torre, situada antes y atrás de esa terraza panorámica, apenas domina un ángulo del jardín, pero gobierna la entrada al patio del castillo y, desde ella, el propietario puede escoger a los visitantes y abrir la puerta a los amigos o cerrarla a los inoportunos.

"Me coloco a la entrada y veo por bajo mi jardín, el patio, el corral, así como a la mayor parte de las personas de mi casa".

Son las tres de la tarde. Alguien con aspecto de campesino vestido de overol azul (pero ¡cuidado! puede ser un *cadre*, un funcionario de vacaciones en la cordial Dordoña), acaba de trabajar el jardín y está apeándose de un tractor minúsculo como un *ponney* mecánico.

Hay un invernadero, tías que recortan las rosas del jardín con esmero de manicuristas, jovencitas que salen en coro llevando del manubrio la bicicleta, "bien camina el que lleva el caballo de la brida", corderos que ruman con despreocupada convicción la verdad del prado. Una breve población parecida a la que en tiempos del escritor animaba el castillo: la Madre, la Esposa, la Hija, los parientes, los amigos y el servicio (incluido su secretario) que componían una amena sociedad que se divertía jugando a las cartas o a esos juegos de ingenio descritos, por ejemplo, en *El Cortesano* de Castiglione y que tan en boga estaban entonces. Aunque a todas luces el guardián no tenía nada más que hacer, anunció que la visita comenzaría tres cuartos de hora después, dando tiempo a pasear por los jardines del castillo y reconocer su paisaje bienhechor. Seguimos con puntualidad las instrucciones del guardia, mientras, paso a paso, se imponía la certeza de que ese mismo aire dulce y levemente fresco, aparentemente estático pero caprichoso y ondulante, inspira a la otra torre de tres pisos, de tres "Libros" que son los *Ensayos* —un aire que no produce ni euforia ni excitación ni somnolencia, que no es seco y sólo tenue, imperceptiblemente perfumado. Es aquí donde —dice Alfonso Reyes— "Montaigne se instala en la vida" como un bibliotecario feliz "en el gabinete de las Musas". Aquí

Montaigne, según la inscripción esculpida en el tercer piso, "vino a retirarse a los 38 años... buscando el seno de las Doctas Virgenes..." Pero para "servirse solamente de ellas como de juguete y pasatiempo".

Montaigne no era un hombre de gran estatura, más bien pequeño pero fuerte y, para trasponer el umbral de su Torre, que mide al igual que el de todas las demás puertas un metro sesenta de altura, no tenía que agachar la cabeza como los orgullosos, dice él, que al llegar aquí "bajan los cuernos". La entrada a la Torre y el acceso al castillo prácticamente coinciden, pero la puerta de la primera se abre al Norte mientras que la de éste da al Poniente. Desde esta situación, Montaigne trilla las visitas y —repetámoslo— separa la paja del grano.

Esta orientación clarifica e ilumina a la Torre durante todo el día. En el primer piso está situada la capilla y tiene, al igual que toda la cilíndrica morada, diez metros de ancho. Una imagen del arcángel Miguel preside el altar. Es una reproducción del XIX pero Montaigne al parecer tenía un cuadro con un motivo similar, el arcángel jineteando un caballo mientras da muerte con la espada al Dragón que parece más bien herido por la mirada fría, desdenosa del Enviado de Dios. Montaigne era de los que le prendía, según el caso, hoy una vela al Santo y mañana otra al Dragón: "una veladora a San Miguel, otra a su serpiente... Seguiré al buen partido hasta enfrentar el peligro, pero exclusivamente si puedo". En esta capilla fue bautizado el niño Michel de Montaigne en brazos de un padrino y una madrina "de las más abyecta fortuna", gente pobre de la región como aquellos otros campesinos de la aldea próxima, Papessus, a donde fue encomendado a una nodriza miserable "a fin de educarlo en la más baja y común manera de vivir —costumbre nada excepcional en la Francia Antigua que sí sabía tratar a los pobres. El motivo y el Santo florecen ubicuos no sólo en esta capilla sino por toda la región que lo fue de caballeros y alquimistas antes de ser escenario, primero, de las conquistas inglesas y, luego, de las guerras de religión. Llama la atención un detalle curioso que comunica al primer piso con el segundo: el cañón, corredor sonoro, tubo acústico, ventana o abertura interior que permita a Montaigne asistir a misa desde un nicho labrado en el segundo piso. Esta costumbre de *espíar la eucaristía* y de entrever como un mirón el misterio de la Misa la comparte Montaigne con otros personajes notables de aquella Europa como, por ejemplo, Felipe II quien, allá en su Escorial, fue también un *voyeur* de la hostia. Para alcanzar el segundo piso, se sigue el caracol de una escalera de veintiocho peldaños que, como la Puerta Estrecha, sólo consiente una persona. Aquí, en el segundo piso de la torre, estaba instalado "un dormitorio, con sus accesorios, donde me acuesto con frecuencia para encon-

trarme solo y que tiene junto a él un espacioso guardarropa”.

En ese piso intermedio, además de la cama, está el cofre de viaje que esperó casi dos siglos para que a alguien se le ocurriera volver a abrirlo. Por fortuna, el canónigo Prunis, autor del descubrimiento, no fue una de esas vacuas señoras para quienes poner orden y echar a la basura son sinónimos y así salvó el manuscrito del *Viaje a Italia* que el ensayista y conversador dictó a su secretario. Y si Montaigne dictó, yo no profano el género escribiendo esta bitácora de navegaciones terrestres mecido por las veloces ondulaciones del tren rápido (TGV). El grueso baúl de cuero —nos dicen— es el mismo que Montaigne llevó, cargado de libros que no siempre leía, en los numerosos viajes que emprendió desde este país Gascón hacia Francia, Alemania e Italia por las más diversas razones —oficio, salud, entretenimiento. Aquí, en esta recámara, en el segundo piso, falleció el Ensayista el 13 de septiembre de 1592. “Rindió el espíritu —recuerda Juan José Arreola— cuando el oficiente cumplía el rito de la elevación”.

Con pabellón y baldaquín, la cama es réplica fidedigna de la auténtica que en vida sirvió a Montaigne para incubar ideas. Si el baúl evoca al conversador y al viajero infatigable que habría preferido pasar la vida sobre una silla como jinete a apoltronarse en un diván, la cama trae a la memoria al austero caballero que se acostaba en un lecho “duro y solo, como los reyes antiguos, y apenas cubierto”. Atrás se encuentra, en un breve anexo a la Torre, el guardarropa, con una chimenea que era encendida sobre todo en el invierno, a la hora del baño semanal. Antaño ese gabinete estaba lleno de pinturas al fresco, según dice el mismo Ensayista; hoy sobre la chimenea sólo se advierten los vestigios de un monograma que, reconstruido, sería así:



(obsérvese que las dos C que se cruzan están unidas por un guión figurando así la letra griega θ, inicial de Θεός: Dios.)

La escalera sigue su caracol dieciocho peldaños hasta el tercer piso que es, como el Tercer Libro de los *Ensayos*, el espacio, la habitación más personal.

Reverencia: llegamos a la soñada biblioteca circular que iluminan ventanas abiertas hacia los cuatro puntos cardinales. A pesar de su modesta altura (no más de veinte metros) y de su radio (no muy amplio pero nada

estrecho “hasta diez y seis pasos de diámetro completamente libre”, el constructor y habitante de la Torre de la Montaña (voz algo irónica en el paisaje casi plano) podía vivir en este sitio durante meses, largas temporadas, girando literalmente alrededor de su propio eje. Aquí “hojeo a tal hora un libro, a tal hora otro, sin orden ni concierto, al desgaire, tan pronto sueño, tan pronto escribo y dicto, paseándome, las fantasías que aquí pongo. Mis pensamientos se duermen si los siento. Mi espíritu se detiene si las piernas no caminan.”

La biblioteca estaba compuesta en buena parte por los libros que le heredaron a su padre y el llorado y queridísimo La Boétie. Estaba dispuesta en libreros circulares, de cinco entrepaños, separados unos de otros por un espacio de pie y medio. La admirable biblioteca circular no tenía los libros ordenados verticalmente como se hace hoy, sino acostados de plano unos sobre otros, según la usanza de la época. Montaigne estaba orgulloso de la disposición pues le permitía dominar con una sola mirada esos “mil volúmenes de libros” desplegados a su alrededor como si la biblioteca fuese el tablero de mando de una nave.

Otro nicho labrado cabe la ventana abierta al oriente nos sugiere que Montaigne se sentaba en invierno a leer ovillado, incrustado en la piedra como una polilla de resurrección que sólo devorara los libros para devolverles la vida con esa inteligencia que —dice Alfonso Reyes— es “una especie superior de alegría”. Una discreta tronera nos recuerda que los tiempos eran de pelea y de irreductible odio entre gúelfos y gibelinos. También nos hace pensar que los *Ensayos* son una construcción defensiva edificada para resistir la ebriedad de la guerra y que los libros “son la mejor munición que haya yo encontrado en este humano viaje.”

En una de las paredes de la Torre cuelga la imagen de una de las primeras y más fervientes lectoras de Montaigne, la picante Marie de Gournay, llamada así por un malicioso contemporáneo que aludía tanto a sus punzantes respuestas como a las rígidas cerdas que prosperaban en su mentón. A la severa y silenciosa Madame Louppes, Antonia López de Villanueva, de estirpe hebrea martirizada por la inquisición y seguro pariente de aquellos marranos que dieron nombre a la *Rue Judaique* de la próspera Burdeos, le hizo sin duda poca gracia la presencia de esta muchachota viva y un poco gruesa y, en todo caso, mejor hecha para confirmar la fama misógina de su hijo que para desmentirla. Poca gracia que Montaigne, años después de casarse con la discreta Françoise de la Chassigne y tener con ella a su hija Eleonor, fuese a buscar una esposa para sus papeles. Hoy otros libreros circulares amueblan las paredes, pero la mejor biblioteca de la Torre son las sentencias que el mismo Ensayista mandó tallar en las vigas del techo como un firmamento inteligente para sus ojos de hombre pequeño acostumbrado

a levantar la cabeza. Al tocarlas con la mirada, sentimos que, con estas inscripciones casi todas escritas en griego o en latín, rozamos los tatuajes impresos en la piel mental de este raro hijo de Piscis que se les escabulle a todas las filosofías saltando de un pirronismo feroz a una muy *sui generis* filosofía de la naturaleza humana, sólo afin a cierto escepticismo y epicureísmo cristianos. ¡Qué casualidad que la judía Antonia López de Villanueva, la taciturna madre de nuestro amigo al que sobrevivió varios años, compartía la última morada con el Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino en la no tan distante catedral de Tolosa!

Las sentencias inscritas en las vigas, las máximas que se superponen a las citas más antiguas sugieren que Montaigne trataba los polines de la Torre como si fuesen otras tantas páginas de esos *Ensayos* que revisaba y corregía continuamente. Y por esto la Torre es en sí misma una edición monumental, un libro de piedra donde el autor va tallando con estilo punzocortante frases que resumen la sabiduría antigua a la que él se ha encargado de dar nuevo florecimiento. Después de observar con atención todas y cada una de las sentencias, después de intentar descifrar algún palimpsesto, nos percatamos de la perfecta acústica que permite oír en el extremo opuesto, el susurro con el que el atento guía continua la charla. Como los *Ensayos*, la Torre es un espacio de ecos y resonancias. Aquí se entregaba por placer y por juego al trato con las Musas, aquí se sustrata de las obligaciones impuestas por "la comunidad familiar y civil", aquí recobraba todo el gobierno de sí mismo pues, dice en otro aposento, "mi autoridad es sólo verbal, confusa, teórica". Aquí, encasillado en su biblioteca pero sólo de día y "nunca de noche", leta a los poetas y filósofos de la Antigüedad, jugaba con las ideas, ponía a prueba la memoria; aquí leyó al cronista López de Gómara y tuvo ante sus ojos, durante la lectura, una visión de Anáhuac; aquí estuvieron colgadas entre los libreros —como sabe el inmemorial Germán Arciniegas— las hamacas y las flautas indígenas, las hamacas y las muestras de casabe, los escudos de madera. Aquí tradujo los poemas guaraníes que a él le recordaron a Anacreonte y que Alfonso Reyes le devolvió al español de esta suerte:

Vengan todos a la fiesta  
a devorar a un valiente:  
la ley de la guerra es ésta.  
También me he hartado yo de vuestra gente:  
de vuestros padres y de sus hazañas,  
el gusto encontraréis en mis entrañas.

La tarde baña las paredes construidas con amarilla piedra caliza con una suave luz dorada que ellas parecen irradiar. No, no fueron los demonios del Mediodía los que Montaigne debió vencer para escribir sus *Ensayos*.

Esos demonios suyos deben haber sido tan risueños con las musas, taciturnos como ninfas, y su melancolía ligera como el agrio resabio de los Médoc, afilada como un alfiler. El comercio del espíritu, superior en casi todos los aspectos al de la amistad y al del amor, tiene también sus riesgos. A pesar de todas sus gratas cualidades —"no hay ningún goce sin dolor"— el trato con libros tiene sus inconvenientes: "el alma con ellos se ejercita, pero el cuerpo, cuyo cuidado nunca olvidé, permanece mientras tanto sin acción, cae por tierra y se entristece". Adivinando a *Don Quijote* que será escrito años después, advierte: "Ningún exceso es para mí más perjudicial ni que en la declinación de la edad deba más evitarse".

Al bajar por la estrecha escalera de la Torre, me doy cuenta de que salgo de ahí con la misma sensación perdurable con que se deja la casa de un amigo, con la impresión de cerrar provisionalmente un libro de constante compañía. En el vestíbulo, el guía me sugerirá que compre una botella del tinto producido por las viñas del castillo y con la Torre estampada en la etiqueta. Me dice con sonrisa musical: "Después de todo, también hacíamos vino en el Castillo en tiempos de Montaigne." "Es Bergerac pero parece Mouton", respondo halagando el caldo y para atesorar la botella. Un último gesto antes de abandonar el parque: pongo entre las hojas de un libro (Screech: *Montaigne & Melancholy*) la de uno de los castaños que pueblan el jardín.

## II

Al día siguiente, después de una noche amarillenta de luna llena, vamos a las cavernas de Lascaux a visitar la casa de otros abuelos. ¿Quién le diría al mozo que descifraba un ensayo de Georges Bataille sobre el arte como sacrificio en los toros de Lascaux que un día llegaría a contemplarlos en el facsímil de su caverna, después de atravesar los ríos, prados y bosques con sonoras cumbres terminadas en *ac*? Las pinturas tienen 17 mil años de edad. Están reproducidas en dos cuevas galerías: una amplia y vasta como salón y otra larga como corredor. ¿Facsímil? ¿Reproducidas? Sí, porque Lascaux II es en realidad una copia idéntica al original y que se encuentra situado a unos metros de ahí pero que fue clausurado porque la luz y los visitantes estaban produciendo en la piedra unas enfermedades —la Verde y la Blanca— que ya amenazaban la sobrevivencia de las pinturas. El facsímil es tan asombroso como el original —con la diferencia de que los nietos, además de las pinturas, reprodujeron grieta por grieta y pared por pared de las cavernas originales. Los abuelos que inventaron la paleopolítica hace 17 mil años aprovechaban el relieve de la piedra para simular los volúmenes y el movimiento de los animales que pintaron con tintas rojas, ocre y negras sobre la misma piedra

amarillenta —color luna llena, color arcilla— que ya encontramos en las criptas de Saint-Emilion, en la Torre de Montaigne y en casi todas las construcciones de la región. La mayoría de los dibujos corresponden a toros y caballos que se yuxtaponen insensiblemente y surgen como sombras unos de otros dando una impresión de movimiento. Pero ¿por qué los abuelos no delinearon la silueta del reno que era su alimento básico y sí la del toro y la del caballo que sólo sacrificaban ocasionalmente y en esporádicos ritos? ¿Cuánto tiempo tardaban en pintar cada bestia? ¿Por qué los toros parecen dibujados a imitación de un artista cretense cuando no de Picasso? ¿Y el caballo que aparece patas arriba será un rasgo de humor realista que ha querido figurar la forma en que el animal se rasca la espalda en el prado y saluda la primavera? ¿Por qué casualidad morfológica algunos de estos caballos recuerdan a los pintados por los chinos? ¿Y esa especie de caballo con un cuerno en la cabeza, es de veras Unicornio? Alegría y reverencia, admiración sin reservas ante un trabajo tan bien hecho y que por falta de palabra mejor llamamos arte, azoro ante la aparición relampagueante de una humanidad que ya estaba, íntegra, aquí. Y algo también de infinitamente familiar y no asombroso. Alivio: sensación de vuelta a la hospitalaria casa de los ancestros. Cada quien lo expresa como puede. Un profesorcito, citado en el prospecto que se distribuye a la entrada, dice que Lascaux es la Capilla Sixtina de la prehistoria. Tal vez, allá él. Yo prefiero sentir aquí la semilla del hombre antes de la gimnasia burocrática de los faraones, de la ciudad antes del Estado, de la horda anterior a la familia y ver en estas cavernas la balsa, la incubadora de una comunidad arcaica, un club totalitario ferozmente dedicado a autorreproducirse, una isla flotante y a la deriva, apenas protegida de la noche por el paisaje sonoro, por la atmósfera acústica de las canciones, gritos y arrullos que estremecían las paredes de Lascaux mientras trabajaban los pintores a la luz de las antorchas. Si en aquellas balsas arrojadas a la corriente de los tiempos, en aquellas arcaicas comunidades —recuerda Peter Sloterdijk: *En el mismo barco*—, el espacio de las relaciones madre-hijo era el gobierno que permitía pilotear la isla flotante de la borda, ¿quiénes podían pintar? ¿Cómo se transmitía el conocimiento de la pintura y qué vínculos psico-acústicos —poesía, música, lenguaje, ritmo—, la rodeaban? ¿Cuántas generaciones pintaron las más de 1500 figuras que existen en Lascaux? ¿En qué condiciones fue herido el hombre con cuerpo de alambre y cabeza de pájaro que cayó de espaldas ante un bisonte despanzurrado y por qué vemos alejarse más allá a un rinoceronte rodeado como de estrellas, los mismos seis misteriosos puntos (agrupados de dos en dos) que aparecen en el salón de los felinos? Ya no podremos preguntárselo a André Leroi Gurhan, el amigo y maestro de Claude Lévi-Strauss, que nos dejó como testamento

su monumental *Dictionnaire de la Préhistoire*. Pero tal vez nos hubiese dicho: *Naturalmente* los hombres tenían que tener ese ojo y esa memoria, esa voluntad de celebrar, hacer perdurar y compartir lo que vieron sus ojos; *naturalmente* tenían que buscar unas cuevas y pintar en ellas, trepados en un complejo andamiaje, esas bestias que los fascinaban, que marcaban como ellos su territorio y a las que figuraban acaso con augurio venatorio, acaso solemnizando y transfigurando su sacrificio.

## III

Como si ese viaje en el tiempo no bastara, salimos de ahí hacia las grutas de Elzezie que tienen 60 millones de años y donde prosperan desde entonces bosques diminutos de estalactitas, estalagmitas y formaciones excéntricas, enunciados guturales, rimas geológicas de la inteligencia mineral. Lo que llama la atención en las grutas de Elzezie es la cantidad de formaciones que prosperan en un espacio relativamente reducido. Nos fijamos en un pilar o más bien en una estalactita y una estalagmita que están a punto de formar una columna. “Sólo unos trescientos años y tendremos un pilar. ¿Qué tal si regresamos entonces para ver cómo quedó?”, dice el guía —seguramente repitiendo ese mismo chiste fácil— haciendo guiños con sus pequeños ojos traviosos de salamandra.

## IV

La salamandra es el emblema de la medieval y misteriosa Sarlat. Lo es de los alquimistas y lo fue del rey Francisco I quien dibujó en sus armas una salamandra en medio del fuego con la leyenda: *J'y vis et je l'éteins*. En la iconografía medieval la salamandra representa al justo que no pierde la paz de su espíritu y la confianza en Dios en medio de sus tribulaciones. Montaigne encontró a la salamandra en un hijo de Sarlat: el llorado Etienne de La Boétie cuya casa aquí se conserva no lejos de un simpático conjunto de ocas en bronce tamaño natural. Si la Dordoña tiene una geografía densa como un paté de hígado de ganso, Sarlat es la capital del *foie gras* y la cuna de La Boétie, el amigo de nuestro amigo, el autor de la teoría política de la servidumbre voluntaria en su incendiario opúsculo *Contra el uno*. La coincidencia no deja de tener su malicia cuando se entera uno de que ocas y gansos, pese a la brutalidad del procedimiento con el que se les inflama el hígado, terminan acostumbrándose y exigiéndole al propietario, con el pico abierto, que les llene el buche, anécdota que nos hace apreciar mejor tanto al *foie gras* como a La Boétie. Para él la servidumbre no era una idea innata sino un producto de la costumbre. Al igual que Ronsard y Montaigne, La Boétie se inspiró en el carnaval brasileño de Ruán organizado para celebrar la llegada al trono

de Enrique II en octubre de 1550. A diferencia de Ronsard no fabuló un poema como el de las Islas Afortunadas; escribió en cambio unas cuantas frases que pueden trufarse sin dificultad en el célebre ensayo sobre los Caníbales de su amigo Michel y que casi lo inspiraron: "Si por ventura nacen hoy gentes distintas, que no están acostumbradas a la servidumbre ni temen la libertad... y a ellas se les pone a elegir entre ser sierros o vivir libres... no hay duda que se inclinarán mejor a obedecer a la razón que a servir a otros hombres. Aunque también podría concluirse de ahí —como dijo el otro— que los hombres se inclinan naturalmente a servir a los filósofos..."

¿Y las salamandras? ¿qué se hicieron las salamandras? Al parecer se extinguieron con el fuego de los alquimistas o se las acabó el ya mencionado Francisco I en el castillo de Chambord donde hay una pareja en cada columna. Sólo supieron dejar su recuerdo estampado en el escudo de algunas familias, como los Lacoste que abandonaron el castillo de la Dordoña para dedicarse a hacer camisetas adornadas con un pequeño lagarto verde —en realidad una salamandra que parece matar el tiempo a carcajadas. Las salamandras desaparecieron y hoy sólo se encuentran estampadas en algunos portones antiguos o viviendo en el fuego de un poema. Por ejemplo —para no hablar aquí de la "Salamandra" de Octavio Paz— de Yves Bonnefoy:

La salamandra sorpresa se fija  
y finge la muerte.  
Tal es el primer paso de la conciencia de las piedras.  
El mito más puro  
un incendio que se atraviesa  
y que se llama espíritu.

## V

Pero ya se hace tarde y hay que llegar al castillo de Beynac (románico, siglo XII) adonde un letrado comedido le advierte a uno que sí, que sí se puede visitar el castillo en compañía del perro. La cosa se explica cuando se

da uno cuenta de que el castillo está rodeado de casas —todas con perros que mueven la cola, todas con ancianas que ladran al intruso y flores que se curan de las inclemencias de unos con los cuidados de las otras. Por aquí pasaron Ricardo Corazón de León y sus caballeros andantes, Simón de Monfort y sus mercenarios, por aquí los caballeros de la Orden del Temple encontraron refugio. Pero ¿aquel pastor inglés no se parece en la forma de mirar al valiente que no regresaría de la cruzada? Y el susceptible pequinés no recuerda al caballerango del mismísimo Ricardo? El castillo de Beynac, uno de los mejor conservados en Francia, está situado en un alto risco que en noviembre se queda rodeado por las nubes y hace pensar que zarpará con todo y murallas por el cielo como un enorme buque de piedra. El resto del año domina el valle como un juez la pista de los jinetes. Fue quizá todo esto, el aire dulce y suave o la fuerza de la salamandra lo que trajo hasta aquí a Paul Eluard a escribir en una casita minúscula junto al castillo su *Poesía interrumpida*.

Levantemos, como se hace a todo lo ancho del Périgord, una cucaña y adornémosla de banderas y flores para decir mientras bailamos. ¡Honor al patrón! ¡Gloria a Dios que en sus alturas tuvo la ocurrencia feliz de inventar Dordoña y Périgord!

## ALGUNAS REFERENCIAS:

*Ensayos de Montaigne*, traducidos por Constantino Román y Salamero. Libro III. Capítulo III. Ed. Garnier, París, 1910.

Jacques de Feytaud, "Une visite a Montaigne" en *Le château de Montaigne*. Ed. de la Sociétés des Amis de Montaigne, Bordeaux, 1993.

Alfonso Reyes, "Montaigne y la mujer" en *Obras completas*. Tomo III.

Cyril Connolly, "Bordeaux-Dordogne" en *Selected Essays*. Methuen. Londres, 1975.

Peter Sloterdijk, *En el mismo barco*, Ed. Siruela, Madrid, 1994. ♪



"Sobre los viejos árboles se reúnen los cuervos".  
Sin firma.